

RENUNCIO A SATANÁS

María del Carmen de la Bandera



Doce Calles

María del Carmen de la Bandera

RENUNCIO A
SATANÁS

EDICIONES DOCE CALLES

1ª Edición:
Diseño de portada: Doce Calles
Fotografía:

Ilustraciones:

© de los textos: María del Carmen de la Bandera
© de la presente edición:
Ediciones Doce Calles S.L.
Apdo. 270 Aranjuez. 28300 (Madrid)
Tel.: (+34) 91 892 22 34
docecalles@docecalles.com

ISBN:
Depósito legal:
Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados pueden ser constitutivas de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. Dirijase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

*Para ti. Compañero del alma.
Juntos hasta el final.*

*Allá van los pescadores
Con los oscuros bombachos
Columpiando los cenachos
Con los brazos cimbradores
Del pregón a los clamores
Hinchan las venas del cuello:
Y en cada pescado bello
Se ve una escama distinta
En cada escama una tinta
Y en cada tinta un destello*
SALVADOR RUEDA.

La historia se puede contar de distintas formas. Yo solo narraré los hechos tal como los viví y los sentí. Con la madurez que dan los años he comprendido cosas que entonces no pude.

ÍNDICE

1ª PARTE

El traslado	14
La guerra	19
La Desbandá	22
El Viaje	24
El regreso	27
Villa del Río	34
La aceituna	40
La botijuela y la Nochebuena	48
El colegio	55
El Catecismo. La Comunión	60
Las amigas y Quico	66
La confirmación	70
Félix	74
Buenas y malas noticias	76
Más noticias	81
Un gran cambio	86

2ª PARTE

Mi nueva vida	92
El padre Gil	96
El teatro	101
Franco	104
Ejercicios Espirituales	106
Verano	110
Magisterio	114
Nueva propuesta	118
Sevilla	120

Propuestas	123
El flechazo	125
Una gran noticia	129
Vacaciones	133
Oposiciones	138
Los Pánchez	142
La boda	144
Vida en la aldea	146
La escuela	150
Algunos cambios	154
Campaña de alfabetización	158
Siguió la rutina	162
Nuevas noticias de Orestes	167

3ª PARTE

Malas noticias	172
Una pena	175
Nuevo destino	177
Por fin	180
Y ahora qué	184
Una comunicación inesperada	187
Mejor	190
Nuevos métodos	195

1ª PARTE

EL TRASLADO

Nací en Caleta de Vélez, un pueblo de pescadores muy cerquita de Málaga, la capital. Me llamo Alba. Fue mi padre el que eligió el nombre porque decía que era muy luminoso. El alba es la que trae la luz, la que borra la noche, la que disipa las tinieblas. Fui una niña deseada después de mi hermano Orestes, dos años mayor que yo.

Mi padre era pescador y cenachero[1]. Trabajaba con un patrón que tenía una barca. Ayudaba a sacar el copo[2] y luego iba por las calles con los cenachos pregonando y vendiendo el pescado recogido. Su sueño era, según me contó mi madre, tener su propia lancha y no trabajar como jornalero.

Un día pensaron que en la capital tendrían más oportunidades de progresar. La decisión era sensata. Con sus hijos y sus ilusiones se asentaron en Málaga en el barrio El Molinillo en la calle Rosal Blanco, un callejón que daba a la huerta de las monjas. Allá, en el pueblo, quedaron los abuelos. Los padres de mi madre.

Vivíamos en una casa grandota y cada habitación la ocupaba una familia. En total tres con sus respectivos hijos. Mi madre consiguió poner unas cortinas para separar donde dormían ellos y donde dormíamos mi hermano y yo. El presupuesto no dio para camas. Nos tuvimos que conformar con unas colchonetas en el suelo. Era lo común en todos los vecinos de la casa. La cocina era comunitaria, igual que el retrete: un agujero en el suelo que a veces se atascaba. Los sábados baño. Mi madre ponía un barreño lleno

1 Cenachero era el pescador que vendía por las calles el pescado que transportaba en cenachos, una especie de espuestas.

2 El copo era una forma de pesca. Consistía en tirar de las redes hacia la orilla y allí capturar la pesca conseguida.

de agua para que se templase al sol y así el baño era más agradable. Eso sí, el agua era la misma para todos. Iba por turnos. Si te tocaba de los primeros, menos mal, porque los últimos apuraban un agua un tanto...

Jugábamos en la calle. Llegábamos hasta el río Gualdamina donde, muy cerca, vivía un viejo que tenía colgada en la puerta de su cabaña, una bota boca abajo y nos contaba historias que siempre entusiasmaban a la chiquillería. Algunas veces yo sentía miedo pero me gustaba ir con la pandilla de mi hermano que protestaba porque no le hacía demasiada gracia tener que cargar con lo niña, pero, ¡qué vamos a hacer!, tenía que ser así. Mi madre encontró un trabajo de lavandera: iba a las casas de los señoritos a lavar la ropa. Siempre llegaba rendida y con las manos echas polvo de tanto refregar. Mi padre con la pesca, la venta y alguna copita en la taberna, iba sobrado. La verdad era que la mayoría del tiempo estábamos solos.

Decidieron que, pasado el verano, iríamos al colegio porque, como decía mi madre, la calle no trae nada bueno. Yo tenía ganas de ir para conocer otras niñas pero, por otro lado, no quería separarme de mi hermano.

Me acostumbré a los juegos de niños: el trompo, las bolas, la tángana... Había otros muy brutos en los que no participaba. Echaba de menos los días que mi padre nos llevaba a la playa de La Caleta y nos enseñaba a nadar. El mar reía y un viento cálido lo estremecía y rizaba.

Varios meses llevábamos en la capital cuando empecé a notar que el ambiente de la calle y de la gente había cambiado. Hablaban de cosas que no entendía. Un día llegaron unos cuantos chicos muy mayores gritando ¡Viva Rusia! Nos obligaron a recoger piedras. Mi hermano me agarró de la mano y tiró de mí hacia mi casa. «Quédate aquí, no salgas» —me dijo—. Sentí miedo y, a la vez, curiosidad. Esto me hizo que los siguiera de lejos. Vi como al llegar a la casa del bodeguero, que era casi como un palacio, se liaron a tirar piedras y a romper todos los cristales, a la vez que gritaban

¡ladrón, sinvergüenza, ahora te vas a enterar de lo que es bueno! Pronto llegó la guardia civil y salieron corriendo. No sé si pillaron a alguno. Otros escaparon por el cauce del río. Cuando llegué a casa ya estaba mi madre que me echó una buena regañina. Mi hermano tardó un buen rato. No dijo ni palabra de lo que había visto.

Desde aquel día, Orestes estuvo más pendiente de mí, apenas iba con la pandilla. Calmábamos nuestro aburrimiento visitando al viejo del río que nos contaba sus aventuras.

Había pasado algo más de una semana cuando mi hermano, después de dejarme a la puerta de la choza del viejo, me dijo: «quédate aquí hasta que vuelva a recogerte». Me hice la remolona y no entré; de lejos, intenté seguirle. Pronto vi cómo se unía a la pandilla.

Iban de prisa, pasaron por la calle Larios y quedé sorprendida de tanto lujo. Escaparates con ropas preciosas, joyas, cafés, pastelerías, heladerías. Mirando lo que me rodeaba, perdí la pista de los muchachos. Con mucho sigilo, regresé a casa. Aún no había llegado mi madre. ¡Menos mal!

Estuve sola un buen rato. Empecé a sentir miedo y, de pronto, oí voces y risas. Salí. Sí, eran ellos que hablaban de La Caleta, de sus lujosas casas, de los cristales rotos, de los perros guardianes... Pronto llegó mi madre.

Al día siguiente todo el mundo hablaba de los destrozos causados en algunos *chalets* de La Caleta. «Seguro que fueron una panda de gamberros», comentaban.

Mi padre y mi madre, la verdad, es que hablaban poco entre ellos porque sus horarios de trabajo no se lo permitían. Sin embargo, hacía un tiempo que, cuando calculaban que dormíamos, les escuchaba discutir:

—De verdad—se quejaba mi madre—no sé por qué te has metido en estos líos. De la taberna al comité, con esos locos que no hacen nada más gritar y protestar. Mira el otro día cómo se llevaron al hijo de la Morena. Dicen que le dieron una buena paliza.

—Esos locos, como tú les llamas—respondió mi padre—están luchando para que los pobres vivamos mejor. ¿O te gusta la vida

que llevamos? No quiero que mis hijos pasen todo lo que nosotros estamos pasando.

—No digas tonterías. Siempre ha habido pobres y ricos.
Me venció el sueño y no supe cómo terminó la discusión.

Amaneció un poco nublado. En cuanto nos quedamos solos, fuimos al encuentro de los amigotes.

—Oye, tú, Orestes —hoy tu hermana no podrá venir. Vamos al Perché que está al otro lado del río. Es demasiado lejos para ella.

—Es que mi madre no quiere que la deje sola.

—Pues ya verás lo que haces.

Se marcharon. Los dos nos quedamos muy tristes y mi hermano con cara de rabia.

A la mañana siguiente era la comidilla del barrio.

Una panda de gamberros había liado una buena en el Perché: rompieron cristales, arrancaron puertas que luego quemaron. Llegaron «los camisas negras» y se liaron a tiros. Alguno salió herido, aunque dicen que no de gravedad. Otros han pasado la noche en los calabozos de la guardia civil.

—Así no vamos a conseguir lo que deseamos la mayoría —comentó mi padre.

—Pues esos todos son amigos tuyos.

—¡No! Esos son unos gamberros, desalmados. De esa forma ¡no!

Después de los incidentes de El Perché, la cosa parecía estar tranquila. Mi hermano cogió miedo y durante unos días no se separó de mí.

El Paco, que era el más amigo, nos dijo:

Orestes, vamos a la entrada del muelle donde descargan los barcos. Allí puedes coger algo de lo que se derrama de los sacos. El Pelao trajo a su casa, el otro día, dos talegas llenas de garbanzos.

La propuesta nos pareció fenomenal. A partir de entonces, más de un día trajimos varias talegas repletas de legumbres. A mi madre no le pareció mal porque, dijo, «esto no es robado».

El día amaneció nublado, como triste: alguien, durante la noche, había metido fuego al Convento de la Asunción. Menos mal que las monjas y las niñas no estaban.

Desde entonces parecía que una oleada de odio y deseo de venganza contenido durante siglos se había desatado sin control. La quema de iglesias y conventos se convirtió en algo habitual.

Ardieron la residencia de los jesuitas y la iglesia del Sagrado Corazón, el palacio episcopal, la iglesia de la Merced, el convento de las Mercedarias... Yo misma vi como ardía el Convento del Arcángel San Miguel de nuestro barrio...

Lo peor estaba por llegar.

LA GUERRA

Pronto se corrió la voz: militares del ejército de Marruecos habían desembarcado en Cádiz y Algeciras. Pensaban echar al gobierno de la República. También habían llegado tropas, por aire, a Sevilla.

Todo era verdad. La parte del ejército que permanecía fiel al gobierno, trató de parar la sublevación. Se hablaba de muchos muertos. Empezaba la guerra.

Los camisas azules entraron en los locales donde se reunían los de los sindicatos y otros partidos. Los cargaban en camiones, como si fuesen ganado. Volvían a las plazas con su carga de muerte. En una de estas, mi padre que contempló el truculento espectáculo, arrancó a llorar. «¡Pobrecillos!», gritó. Es lo único que pudo decir. «Pobrecillos» fue su última palabra.

—Ah, con que pobrecillo. Te conozco, rojo de mierda. Pobrecillo tú también —respondió su asesino.

Allí, junto a sus camaradas, quedó su cuerpo inerte. No pudo cumplir el sueño de tener un barquito.

Avisados, acudimos al lugar del crimen. Mi madre le cerró los ojos que nos miraban sin ver. Abrazados los cuatro lloramos, lloramos... hasta que alguien nos separó.

—¡Malditos! ¡Dios os castigará! ¡Criminales! —La rabia, el dolor, la desesperación, acompañaron los gritos de mi madre.

Mi padre en su ataúd traído por no sé quién, es el recuerdo más amargo de mi vida.

Las noticias que llegaban eran terribles. La mayoría de las provincias andaluzas habían caído en manos de los rebeldes. Quedaban Málaga y Almería. En Granada estaba el frente. Muchos de los hombres de mi barrio fueron requeridos para formar parte del ejército de los sublevados. Posiblemente mi padre hubiese sido uno de ellos.

De todas las provincias ocupadas llegaban oleadas de gente huyendo del terror. Los que pudieron, se refugiaron en casa de familiares, luego en la catedral, en las pocas iglesias que quedaban en pie, en los almacenes del puerto, en las aceras más resguardadas.

El lujoso hotel Miramar lo convirtieron en hospital.

Algunos pensaron que los cañonazos que pudieran salir de los barcos serían suficientes para amedrentar al enemigo. Se equivocaban. Los primeros aviones llegaron un día al atardecer. Los niños de la calle nos quedamos mirando aquellos pájaros tan ruidosos. Mi madre nos cogió a mí y a mi hermano:

—¡Corred! ¡Al refugio!

Nos arrastró hasta un refugio improvisado. A los pocos minutos comenzaron los ruidos infernales. Abrazados los tres, aguantamos.

Lo que vimos a la salida, nunca lo podré olvidar: gritos, lamentos, pequeños ríos de sangre, trozos de cuerpos de mis vecinos destrozados, unos encima de otros, piernas, brazos... Trozos de carne ensangrentada revueltos con los cascotes. El horror en grado sumo.

Con tantos gaditanos, sevillanos, cordobeses, granadinos... los alimentos podían llegar a muy pocas bocas. Los tres nos poníamos en la cola del convento de las monjas. No sé cómo se las arreglaban para calmar tantas hambres. Las naranjas amargas de los árboles de las calles desaparecieron como por encanto. Llegaba algo del socorro rojo totalmente insuficiente. Los únicos ruidos en la ciudad eran los de los obuses y de los aviones que bombardeaban sin piedad. El infierno y los demonios desatados. De las bocas de la gente, amontonada herida y hambrienta, apenas salía un leve quejido, un débil lamento.

Los que llegaban de fuera decían que los moros que habían traído los rebeldes para que les ayudasen en su «reconquista» eran terribles.

—Asaltan las casas —decía la gente —los palacios, roban, violan y desvalijan hasta a los muertos.

—Nos vamos —decidió mi madre —. Llegamos a Málaga con ilusión de mejorar y solo hemos encontrado muerte. Nos vamos con los abuelos.

Los tres nos pudimos acoplar en el carromato de un vecino que se apiadó de una pobre viuda con dos bocas que alimentar. La idea era buena.

Nos unimos a la caravana que renqueaba silenciosa y macilenta, cerca del mar; era una masa de penitentes fugitivos. El carromato tuvo que parar porque un obús había ocasionado un desprendimiento de tierra que obstruía la carretera. Buscó una salida por la playa; un desfile de sonámbulos, de penitentes hambrientos acompañada por el rumor de las olas. A veces el lúgubre silencio lo rompían los desgarradores gritos infantiles.

Aviones con letreros en idiomas que no conocíamos; alguien explicó que eran italianos y alemanes. No tiraban bombas pero sí metralla que dejaban en las cunetas muertos que ya nadie miraba, pedazos de cuerpos, pies, cabezas...

Querido lector:

Me alegro que tengas este libro en tus manos. Espero y deseo que lo leas. Te aclaro: es una novela histórica ambientada en los primeros momentos de nuestra última guerra civil. Con una prosa fluida, sigue reflejando el ambiente de posguerra, el llamado “Nacional Catolicismo”. Es decir, el maridaje entre el dictador Franco y la Iglesia Católica.

Alba, la protagonista de esta historia, nace en un pueblo de pescadores situado en la costa malagueña.

Nos cuenta su vida en la que queda bien patente que el oscurantismo, la miseria y la represión de la época, le amargan la vida.

El título puede que te parezca un poco desconcertante. Al final, todo se aclara y deseo que estés de acuerdo con su último grito.

Que disfrutes con su lectura. Un abrazo.

La autora

